

Capítulo 2

Propuesta para la construcción de cultura de paz desde la Historia

Manuel Alejandro Hernández Ponce¹

Andrea Paulina Santiago González²

<https://doi.org/10.61728/AE20259075>



¹ Licenciado en Historia por la Universidad de Guadalajara; maestro en Estudios Regionales por el Colegio de Jalisco; doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Sinaloa. Profesor Investigador de la Universidad de Guadalajara; contacto: manuel.hernandez1016@academicos.udg.mx

² Licenciada en Historia por la Universidad de Guadalajara; estudiante de maestría en Educación para la Paz y la Convivencia escolar de la Universidad Autónoma Indígena de México; contacto: fitsango30@gmail.com

Introducción

En las aulas, los docentes del siglo XXI enfrentamos una paradoja que demanda nuestra atención inmediata: mientras nuestros estudiantes habitan un mundo de interconexión global sin precedentes, nuestros métodos de enseñanza permanecen fieles a narrativas decimonónicas que consagran el conflicto armado como motor exclusivo del cambio histórico.³ Esta disonancia no es meramente metodológica; debemos reconocer que constituye una crisis epistemológica que exige una transformación radical en nuestra disciplina y la forma en que se enseña en las aulas.

La historia, desde su planteamiento como disciplina, ha estado comprometida con la comprensión de los procesos sociales y culturales de los seres humanos; esto trasciende las limitaciones experimentales que caracterizan a las ciencias naturales. El poder de la ciencia histórica radica en su capacidad analítica para desentrañar la complejidad de la experiencia humana en toda su multiplicidad y contradicción.⁴ El his-

³ La pluralización de los estudios históricos durante el siglo XX refleja una transformación epistemológica que permitió a la disciplina integrarse en las ciencias sociales modernas. Este proceso ha generado “la dilatación espectacular de un ámbito ya sin fronteras, multiplicando los temas nuevos, las series cuantificadas en la exploración de permanencias sin preocuparse más por unificaciones y síntesis”. Esta diversificación ha eliminado fronteras disciplinares tradicionales y multiplicado los objetos de estudio, privilegiando la especialización temática sobre los esfuerzos de síntesis comprehensiva. Si bien esta fragmentación productiva ha enriquecido las posibilidades interpretativas y democratizado las perspectivas históricas, también plantea interrogantes sobre la coherencia disciplinar y la capacidad de la historia para ofrecer visiones integradoras que respondan a las necesidades del presente. Ver: François Dosse (2003), Michel de Certeau, *El caminante herido*, Universidad Iberoamericana, p. 257.

⁴ La metodología histórica se desarrolla en campos diversos, destacando el análisis documental. Ginzburg propone una capacidad analítica comparable al método de Morelli, Sherlock Holmes y Freud, donde “se trata de vestigios, tal vez infinitesimales, que permiten captar una realidad más profunda de otro modo inaferrable”. Este enfoque indicial transforma la práctica historiográfica en un ejercicio de decodificación donde los detalles aparentemente menores revelan significados profundos,

torizador contemporáneo debe pasar de ser un descriptivo neutral a un intérprete ético, cuyo trabajo se mide por su capacidad de desmitificar el pasado hegemónico y restaurar la dignidad de los sujetos silenciados, construyendo narrativas que nos ayuden a comprender el presente y a proyectar un futuro más justo.⁵ Esta operación histórica constituye un acto creativo de contextualización y análisis crítico que construye puentes de comprensión entre épocas aparentemente distantes.

Desde esta perspectiva, el oficio del historiador contemporáneo debe asumirse como el de un intérprete crítico del pasado, un rol que conlleva una profunda responsabilidad y un enfoque esencialmente humanista. En este sentido, se reconoce su potencial tanto para construir como para deconstruir narrativas. La historia al servicio de la paz requiere una consideración integral de los hechos históricos, identificándolos y rescatándolos con el propósito de construir una memoria colectiva que promueva discursos humanistas en cualquier contexto.

La subjetividad del historiador emerge como una herramienta transformadora para dotar de significado a los acontecimientos históricos; nuestra propuesta es orientarla a un enfoque de paz. Toda investigación histórica se vincula inexorablemente “con el lugar social de quien la realiza” —su contexto socioeconómico, político y cultural—, lo que requiere comprender “la relación entre un lugar (un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera), varios procedimientos de análisis (una disciplina)

exigiendo del historiador una sensibilidad interpretativa que trasciende la descripción para comprender las estructuras subyacentes que generaron los hechos. En: Carlo Ginzburg (1999), *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Gedisa, p. 143.

⁵ Las narrativas históricas constituyen construcciones artificiales creadas por el historiador, quien selecciona arbitrariamente un punto de inicio que en realidad representa tanto un punto de llegada como de fuga en la investigación. Mientras que toda investigación histórica es potencialmente interminable como narración de hechos interconectados por relaciones causales, los textos académicos requieren estructuras finitas, resultando en introducciones que establecen los límites del propio análisis. Esta tensión entre la naturaleza infinita de la investigación histórica y la necesidad de producir textos con marcos definidos revela la dimensión construida y selectiva de toda narrativa historiográfica, donde las decisiones metodológicas del historiador determinan tanto los contornos como las conclusiones de su interpretación del pasado. Sobre esta discusión, véase: Michel de Certeau (1999). *La escritura de la historia*, “Una escritura”, Universidad Iberoamericana.

y la construcción de un texto (una literatura)”.⁶ Esta relación dialéctica convierte al historiador en un mediador que narra entre pasado y presente, capaz de tender puentes intelectuales que iluminen a las nuevas generaciones respecto a los procesos que configuran tanto la realidad individual como la colectiva.

Sin embargo, debemos confrontar una realidad incómoda: pese a los esfuerzos revolucionarios de escuelas como los Annales y los estudios gramscianos sobre clases subalternas, la disciplina histórica permanece como un campo colonizado. Las historias de pueblos indígenas americanos siguen subordinadas a una alteridad que órbita alrededor de una historia occidental europea⁷. Esta colonización epistémica no responde únicamente a las voluntades de sectores hegemónicos, sino también al “lenguaje común por todos compartido, cuestión que suponía un lenguaje nacional conformado en el litigio y la negociación (...) por ello la necesidad de estudiar la cultura popular en sus cambiantes expresiones y su tensa relación con la cultura de las élites”.⁸

La historia es el resultado de una voluntad colectiva que estructura en moldes predefinidos la experiencia de todos los seres humanos. Es momento de reconocer que la historia, lejos de ser una disciplina para memorizar fechas y nombres, debe transformarse en un laboratorio vivo para reconocer y comprender la condición humana en toda su complejidad. Su función social debe trascender la descripción del pasado para convertirse en semillero de paz para las generaciones futuras.

Jacques Le Goff nos legó una concepción revolucionaria: la historia como diálogo dinámico entre presente y pasado, donde los hechos pueden y deben interpretarse como un poliedro multifacético, cuyas caras emergen de los cuestionamientos que formula el historiador. Esta perspectiva poliédrica reconoce la inherente subjetividad del trabajo historiográfico como una fortaleza, no como una limitación. Nos invita a repensar radicalmente no solo qué preguntamos al pasado, sino —de

⁶ Michel de Certeau (1999). Op, cit, p. 68. *La escritura de la historia*, “Una escritura”.

⁷ Una discusión que profundiza de manera general sobre esta marginalidad historiográfica se puede revisar en: Guillermo Bonfil Batalla, “Historias que no son todavía historia”, en: Carlos Pereyra et al. (1980), *Historia ¿Para Qué?*, Siglo XXI Editores.

⁸ Rhina Roux, “Subalternidad y hegemonía. Gramsci y el proceso estatal”, *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, (2018), UAM, p. 151.

manera crucial— qué respuestas transformadoras ofrecemos a nuestros estudiantes.

La responsabilidad del historiador contemporáneo debe ampliarse más allá del proceso metodológico tradicional de selección, interpretación y validación de fuentes. Cuando integramos un enfoque de paz desde la formación y práctica docente, abrazamos una perspectiva que rescata las voces de los grupos sociales sistemáticamente olvidados por las historias oficiales. La formación académica debe estimular un pensamiento crítico capaz de interpretar y reinterpretar los hechos pasados, no como verdades inmutables, sino como construcciones susceptibles de resignificación.

Los estudiantes de historia deben reconocerse como constructores activos de conocimiento, participantes conscientes en la reconstrucción narrativa y simbólica de los procesos pasados, integrando orgánicamente los enfoques de paz en su reflexión académica y vital.

Nuestra reflexión se nutre de la propuesta visionaria de Alicia Cabezudo, quien concibe a los sujetos como participantes activos en los procesos de aprendizaje para la paz. Esta perspectiva revolucionaria implica que tanto los contenidos como las metodologías de transmisión del conocimiento histórico dependen de la participación consciente y crítica de quienes construimos el pasado: los historiadores. El aprendizaje trasciende los espacios académicos tradicionales, transformándose en una práctica social que dota de herramientas y conocimientos transformadores, permitiendo que los valores de paz sean experimentados y contruidos cotidianamente (Cabezudo, 2006).

Desde esta premisa transformadora, surge la urgente necesidad de repensar el papel del historiador contemporáneo, especialmente en sociedades como la mexicana, donde los índices de violencia se han normalizado como parte de una cotidianeidad aparentemente inmutable.⁹

⁹ La normalización y percepción de la violencia para algunos especialistas no resulta únicamente de su recurrencia en el contexto individual. Un elemento central es que “la educación (que) permite incrementar el grado de percepción de la violencia, así como dejar de normalizar actos violentos que puedan presentarse de nuevas formas como conductas protectoras o poco visibles”. Esta perspectiva subraya el papel transformador de la educación como herramienta para desarrollar sensibilidad crítica hacia manifestaciones violentas que pueden presentarse de manera sutil o disfrazada. La educación funciona, como mecanismo de desnormalización que permite identificar

Proponemos que el historiador debe adoptar, desde su formación, principios, aptitudes y un lenguaje propio de la cultura de paz, comprendiendo que su labor trasciende el relato del pasado para contribuir a la reflexión crítica transformadora. La historia debe convertirse en una herramienta poderosa para fomentar la empatía y la reconciliación en sociedades fracturadas por conflictos, construyendo una cultura de paz que incluya y promueva el reconocimiento de los grupos sociales históricamente excluidos de las versiones oficiales.¹⁰

La conceptualización de la paz: un paradigma transformador para la historia

La conceptualización contemporánea de la paz representa una revolución epistemológica que trasciende la definición tradicional como mera ausencia de conflicto armado. Se configura como un concepto multidimensional que demanda una comprensión integral y profunda de las dinámicas sociales, políticas y culturales que tejen el entramado de la experiencia humana (Galtung, 1997). El siglo XX nos legó una lección fundamental: la paz abarca la justicia social, el reconocimiento pleno de los derechos humanos, la construcción institucional democrática y el diálogo intercultural como pilares insustituibles. Desde la perspectiva institucional de las Naciones Unidas, la paz ha evolucionado de ser un concepto restrictivo a una construcción dinámica y compleja que involucra procesos profundos de transformación social (Naciones Unidas, 2015).

Esta concepción de paz emergió como un proceso vivo que integra múltiples dimensiones de la experiencia humana, tanto individuales como colectivas, articulándose en torno a tres ejes revolucionarios: la prevención estructural de los conflictos, la promoción activa de la jus-

y cuestionar formas de violencia que, de otro modo, podrían pasar desapercibidas o incluso ser justificadas como medidas necesarias o protectoras. En: María G. Rojas, Sazcha Olivera-Villaruel, “Normalización de la violencia machista en México: ¿Cómo la perciben las mujeres y qué factores intervienen?”, *Poiésis* (2022), Universidad Católica Luis Amigó Medellín. p. 27

¹⁰ Para ahondar sobre la empatía en la enseñanza de la historia ver: Manuel A. Hernández Ponce, Marco A. Delgadillo Guerrero, (2022) “La enseñanza de la historia a través de la empatía”, *Conjeturas Sociológicas*, 27-10, Universidad de El Salvador.

ticia social y el desarrollo de capacidades para el diálogo constructivo (Rodríguez, 2009). La dimensión ética de esta conceptualización implica el rechazo sistemático de todas las formas de violencia, promoviendo el respeto mutuo y el reconocimiento de la dignidad inherente a todos los seres humanos (Naciones Unidas, 2015). Desde la perspectiva política, busca la resolución pacífica de controversias, el fortalecimiento de instituciones democráticas y la promoción de la inclusión social como práctica transformadora (Castañeda, 2012). La paz se convierte así en un horizonte experiencial tangible para instituciones, sociedades e individuos.

La comprensión cultural de la paz amplía los márgenes tradicionales de sociedades fragmentadas por divisiones sociales, étnicas, raciales o de género, haciendo del reconocimiento de la diversidad un valor fundamental para su construcción. Esto implica desarrollar narrativas transformadoras que permitan una convivencia que trascienda las diferencias, fomentando la tolerancia, la empatía y el entendimiento mutuo entre comunidades como acto creativo de resistencia (Martínez, 2010).

Esta evolución del concepto de paz tiene implicaciones pedagógicas revolucionarias para el historiador contemporáneo. El paradigma de paz sostenible nos revela que la paz no constituye un estado estático, sino un proceso continuo que demanda protagonistas conscientes. El historiador debe asumir el papel de arquitecto de narrativas que trasciendan la descripción mecánica de acontecimientos pasados donde la violencia aparece como elemento explicativo inevitable. Se convierte en un sujeto transformador que comprende, reflexiona y reconstruye las narrativas sobre el pasado en función de la búsqueda activa de paz (Martínez, 2010).

Cuando analizamos la Segunda Guerra Mundial, no podemos limitarnos a batallas y estrategias militares. El verdadero aprendizaje histórico surge cuando exploramos cómo emergieron las instituciones internacionales de posguerra, cómo se articularon los procesos de desnazificación y reconciliación, o cómo las sociedades civiles europeas construyeron un proyecto común que garantizó más de siete décadas de relativa paz. Los procesos de descolonización en África y Asia nos revelan tanto las limitaciones devastadoras de la violencia como las posibilidades transformadoras de la negociación política. Casos paradigmáticos como la transición de Ghana bajo Kwame Nkrumah o el proceso de independencia

de Senegal demuestran que era posible imaginar caminos alternativos al conflicto armado.

Esta perspectiva histórica resulta fundamental para formar ciudadanos del siglo XXI capaces de resistir la normalización de la violencia como parte de la cotidianeidad. Nuestros estudiantes necesitan comprender que la paz no “sucede” automáticamente, sino que se construye deliberadamente a través de instituciones, acuerdos, movimientos sociales y prácticas cotidianas de convivencia consciente. La propuesta de las Naciones Unidas para la creación de una cultura de paz implica un compromiso ético-político profundo que promueve la construcción de relaciones sociales basadas en el diálogo, la justicia y el reconocimiento de la dignidad humana (Naciones Unidas, 2015). Se trata de un horizonte transformador que demanda la participación de individuos, comunidades e instituciones (Galtung, 1997). La paz resulta de una suma consciente de voluntades, donde los individuos sostienen la colectividad mientras los esfuerzos colectivos inciden en el actuar individual, estableciendo una relación dialéctica de resignificación mutua.

Al integrar perspectivas metodológicas que promuevan los valores de paz, deconstruiremos narrativas tradicionales que han cristalizado en todas las sociedades. Este trabajo representa un desafío intelectual formidable para las nuevas generaciones de historiadores, quienes deberán cuestionar valientemente los relatos centrados en la violencia y cómo estos legitiman prácticas y conductas desde la propia cultura (Castañeda, 2012).

Consideremos el concepto de revolución, aparentemente inexplicable en la historia mundial sin contemplar tres condiciones: un movimiento colectivo, un fenómeno disruptivo del orden social y el reemplazo de un poder político, todo bajo el denominador común de la violencia (Asensio, 2012). Sin embargo, no basta con describir los fenómenos revolucionarios como momentos de crisis y traumas sociales profundos; debemos encontrar en ellos oportunidades para dialogar sobre los desafíos que enfrentan las sociedades para alcanzar la paz. El historiador puede explicar la revolución a través del análisis de las condiciones estructurales, de clase y culturales que fracturan el estado de paz, estableciendo un análisis crítico sobre los factores que condujeron a las sociedades a tales puntos de inflexión.

En este proceso transformador, resulta crucial visibilizar los procesos de resistencia pacífica que se convirtieron en luchas constantes y transformadoras (Martínez, 2010). La resistencia constituye otro campo conceptual donde podemos contemplar las acciones de sujetos que enfrentan relaciones verticales de poder a través de “discursos ocultos, el anonimato, los eufemismos, la cultura oral y la inversión simbólica”.¹¹ La cultura de paz debe reconocer que existen formas creativas y poderosas de resistir a la violencia, el ejercicio arbitrario del poder y las hegemonías absolutistas.

Historia y cultura de paz: Hacia una nueva narrativa transformadora

El siglo XX, paradójicamente marcado por las guerras mundiales, nos legó un extraordinario catálogo de experiencias de transformación pacífica, resistencia no violenta y construcción de instituciones para la paz que desafían las narrativas tradicionales centradas en el conflicto. Desde el movimiento independentista de Gandhi en la India hasta la construcción de la Unión Europea, la historia nos proporciona un arsenal pedagógico revolucionario que demuestra categóricamente que otro mundo no solo es posible, sino que ha sido construido repetidamente por la voluntad humana consciente.

El movimiento independentista indio liderado por Mahatma Gandhi representa una experiencia paradigmática para enseñar historia desde la cultura de paz. Lejos de constituir una anécdota moral, la estrategia gandhiana demostró que era posible derrotar al Imperio Británico más poderoso de la historia a través de la organización civil y la resistencia no violenta. En el aula, el caso indio nos permite explorar dimensiones revolucionarias: la estrategia política de la no violencia, donde la Marcha de la Sal de 1930 logró un impacto político más devastador que décadas de terrorismo nacionalista; la construcción de hegemonía cultural, donde

¹¹ Sobre la voz de los dominados y las formas en que los grupos subordinados de maneras no violentas buscan evadir el control, las relaciones hegemónicas y la autoridad, puede consultarse: James C. Scott (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Ediciones Era.

Gandhi transformó símbolos tradicionales —la rueca, la sal, el ayuno— en herramientas de resistencia política; y la articulación de demandas universales que conectaron la independencia política con la justicia social y la dignidad humana como derechos inalienables.

La construcción europea representa el experimento de paz más ambicioso y exitoso del siglo XX. En apenas cinco décadas, sociedades que se habían destruido mutuamente en dos guerras mundiales lograron crear instituciones supranacionales que han garantizado la paz más duradera en la historia del continente. Este proceso ofrece múltiples oportunidades pedagógicas para analizar el papel transformador de élites visionarias, la dimensión económica de la paz que creó interdependencias estratégicas y la construcción consciente de identidades supranacionales que trascendieron los nacionalismos excluyentes.

El movimiento por los derechos civiles liderado por Martin Luther King Jr. demuestra cómo una minoría sistemáticamente oprimida pudo transformar radicalmente la sociedad estadounidense utilizando métodos pacíficos. Este movimiento resulta particularmente valioso porque revela la eficacia de la organización civil, el poder transformador de la comunicación y la dimensión moral de la política como fuerza de cambio histórico.

La transición sudafricana *post-apartheid* ofrece un caso excepcional de cómo una sociedad profundamente dividida puede construir paz a través de la negociación política y la justicia transicional. La Comisión de la Verdad y la Reconciliación, presidida por Desmond Tutu, priorizó la verdad y la reconciliación sobre la venganza, permitiéndonos explorar las limitaciones de la justicia punitiva, el rol transformador de actores no estatales y la dimensión simbólica de la reconciliación como acto creativo de sanación social.

La historia de México debe reinterpretarse como el resultado de un complejo tejido de relaciones culturales, conflictos y transformaciones que revelan múltiples dimensiones de la experiencia histórica. Los análisis tradicionales del pasado mexicano han encontrado en las guerras un denominador narrativo exclusivo, donde la violencia aparece como el elemento que dio sentido a los ordenamientos políticos a lo largo de varios siglos. Esta perspectiva demanda una transformación radical.

Previo a la hegemonía del imperio mexica, la mayoría de los pueblos se vincularon en redes que les permitieron un desarrollo social, religioso y cultural extraordinario, donde los conflictos bélicos fueron esporádicos y excepcionales (Pina Chán, 1972). Con la llegada de los conquistadores europeos, quienes se percibieron como los “designados por Dios” para llevar la civilización, la historiografía nacional ha priorizado el relato de los conflictos y las masacres sobre las formas pacíficas de interacción. Los relatos de autores como Fray Bernardino de Sahagún y el propio Hernán Cortés testimonian una visión donde la guerra y la violencia aparecen como estados necesarios para sacar de la “barbarie” a las sociedades con las que se encontraron (González, 2018).

El oficio del historiador enfrenta el desafío intelectual de construir narrativas que trasciendan la documentación de guerras como motor exclusivo de la historia. ¿Por qué no reconocer en la paz un momento de análisis crítico fundamental para explicar los elementos que configuraron las sociedades del pasado?

Desde Heródoto, la disciplina histórica ha confrontado la cuestión de la objetividad narrativa, reconociendo la imposibilidad de eliminar completamente la subjetividad del historiador. A pesar de los avances metodológicos, persiste una cuestión fundamental: ¿hasta qué punto el historiador puede desligarse de su condición humana, de su bagaje cultural y de sus perspectivas heredadas?

López (2019) señala que el historiador moderno está obligado a confrontar la constante tensión entre la objetividad metodológica y los prejuicios inherentes a su condición humana. El problema central radica en cómo los historiadores —influenciados por la cultura narrativa occidental— han interpretado la historia como consecuencia de coyunturas impulsadas por conflictos, considerando a la guerra como el único mecanismo para reivindicar ideologías y posicionar grupos sociales marginados (Pérez y Torres, 2022).

Proponemos formar historiadores cada vez más conscientes de su lugar social y de los límites intelectuales que resultan de una visión occidentalizada del pasado. Es posible y urgentemente necesario construir narrativas que no dependan exclusivamente del conflicto. Para ello resulta crucial integrar las emociones, imaginarios y los vínculos como

elementos fundamentales de la interpretación histórica, explorando no solo los momentos de confrontación, sino también —y especialmente— los de colaboración y entendimiento mutuo.

Se convierte en un desafío intelectual transformador para los historiadores desarrollar narrativas que reconozcan la complejidad total de la experiencia pasada, donde la paz no sea vista como la mera ausencia de guerra, sino como un proceso continuo de construcción social con algunas interrupciones violentas. El pasado debe entenderse como la construcción de relaciones, diálogo y reconocimiento de la diversidad cultural. La escritura de la historia requiere una postura crítica y empática que explique las sociedades más allá de sus interacciones de confrontación, revelando también los lazos de solidaridad, intercambio cultural y comprensión mutua como fuerzas históricas fundamentales.

La propuesta de que el historiador contribuya activamente en el desarrollo de discursos históricos para la paz requiere una transformación radical en la formación de las y los historiadores. Cuando el historiador reconoce conscientemente estas barreras epistémicas, puede superarlas creativamente. Los espacios educativos, laborales y personales se convierten en laboratorios óptimos para que el científico social integre relatos que generen vínculos relacionados con la cultura de paz, contribuyendo a la narración del pasado no desde los conflictos exclusivamente, sino desde los momentos de acuerdo, cordialidad, colaboración y reciprocidad como motores auténticos del cambio histórico.

Un nuevo enfoque para la historia: de la guerra a la paz como paradigma epistemológico

La propuesta de una lectura historiográfica desde la paz representa un proyecto epistemológico revolucionario que demanda una reconstrucción integral de la comprensión histórica. Esta transformación se logra a través de una nueva selección consciente de variables que permiten la construcción de narrativas del pasado, superando el uso exclusivo de relatos centrados en conflictos, confrontaciones y victorias militares. En su lugar, priorizamos el estudio sistemático de momentos de cooperación, resistencia no violenta y las dinámicas transformadoras de reconciliación

social (Galtung, 1996).

Este enfoque revolucionario se sustenta en principios pedagógicos fundamentales que buscan reorientar la disciplina hacia una visión más humana, inclusiva y transformadora:

Humanizar los procesos sin construir héroes: La historia debe superar la construcción de relatos épicos de héroes y villanos. Una pedagogía de la paz busca humanizar a todos los actores históricos, revelando sus contradicciones, dudas y procesos de aprendizaje como elementos que los acercan a la experiencia humana universal. Al enseñar sobre Gandhi, lo presentamos como un abogado que construyó su filosofía política gradualmente a través de errores y reflexiones, haciendo que sus logros sean más inspiradores y, crucialmente, más alcanzables para las nuevas generaciones.

Reconocer el conflicto: No se trata de ignorar ingenuamente los conflictos armados, sino de recontextualizarlos críticamente. En lugar de fascinarse con detalles tácticos que glamorizan la violencia, resulta crucial ayudar a los estudiantes a comprender las causas estructurales de los conflictos, las alternativas pacíficas que fracasaron y sus devastadoras consecuencias humanas y sociales que perduran generacionalmente.

Visibiliza las alternativas pacíficas: En cada coyuntura histórica existieron voces proféticas que propusieron caminos alternativos a la violencia. Nuestra obligación pedagógica fundamental es rescatar estas voces silenciadas y analizar críticamente por qué algunas propuestas pacíficas prosperaron mientras otras fueron marginadas o suprimidas.

Conecta el pasado con el presente transformador: La historia de paz no constituye arqueología académica estéril, sino una herramienta viva para comprender y transformar conscientemente el presente. Cada proceso histórico debe conectarse orgánicamente con desafíos contemporáneos, como los procesos de integración regional, las dinámicas de reconciliación actuales y la construcción de sociedades más justas.

La incorporación de una perspectiva interdisciplinaria se erige como pilar fundamental en este enfoque historiográfico transformador. Es a partir de la multidimensionalidad de la realidad que podemos visibilizar redes de solidaridad históricamente invisibilizadas, formas creativas de negociación y mecanismos innovadores de resolución de conflictos

que han sido sistemáticamente marginados en los relatos tradicionales (Cabezudo, 2005). Esto exige romper valientemente con las fronteras disciplinares e incorporar enfoques analíticos de la sociología, la antropología, la psicología social y los estudios de paz como campos complementarios y enriquecedores.

Reconocer la complejidad total de los procesos históricos exige una metodología crítica que, además de examinar los sucesos desde múltiples ángulos, debe recuperar conscientemente las voces de aquellos grupos sociales que, por condiciones estructurales, fueron sistemáticamente excluidos de las narrativas históricas dominantes. La historiografía para la paz se suma a los esfuerzos transformadores de visibilizar aquellas comunidades silenciadas, cuyas experiencias resultan fundamentales para explicar las luchas actuales de movimientos sociales, políticos, culturales, de género y raciales (Dietrich, 2000).

Los historiadores con una visión de paz asumen un compromiso ético que trasciende la simple descripción aparentemente imparcial. Desde su narrativa consciente, se posicionan como agentes transformadores de una labor de cambio social profundo. Su trabajo no termina en la reconstrucción académica del pasado, sino que implica una responsabilidad activa en el uso de marcos interpretativos que privilegian la paz como lente fundamental para comprender la historia.

La formación del historiador debe ser radicalmente incluyente con todos los grupos sociales y todas las culturas, lo que Dietrich (2000) conceptualiza como paz transracional. La historiografía para la paz busca consolidarse como una corriente analítica revolucionaria que integra en su lenguaje la inclusión, la empatía, la cultura de la mediación, la búsqueda del bien común, la justicia, la equidad y la reciprocidad como valores fundamentales. Este enfoque permite al historiador identificar variables innovadoras respecto a las estructuras que han sostenido sistemas de desigualdad y exclusión, pero también —y especialmente— aquellas que permitieron la convivencia, el diálogo intercultural y la construcción de sociedades más equitativas como logros históricos tangibles y replicables.

Desafíos y estrategias en la enseñanza de la historia para la paz: transformando la práctica pedagógica

La enseñanza de la historia basada en la cultura de paz enfrenta desafíos monumentales en el contexto contemporáneo, especialmente en regiones como México, donde la violencia y la presencia del crimen organizado han normalizado peligrosamente los actos violentos como parte de la experiencia cotidiana (Galtung, 2016). Esta normalización genera una disonancia profunda entre la narrativa histórica oficial —que busca unificar artificialmente a la nación— y la realidad de violencia sistémica que desdibuja la legitimidad del Estado. Ante esta crisis, se hace imperativo redirigir conscientemente los discursos históricos para trascender la centralidad de los conflictos bélicos y enfocarse en los momentos transformadores de paz, cordialidad, resistencia pacífica y reorganización social como fuerzas históricas auténticas.

La propuesta fundamental consiste en rechazar categóricamente una enseñanza homogénea y hegemónica, adaptando creativamente los contenidos a contextos específicos y realidades locales (Cabezudo, 2008). Esta transformación pedagógica exige generar propuestas didácticas innovadoras que permitan la construcción y transmisión consciente de discursos históricos de paz en el aula.

Las *simulaciones históricas de construcción de paz* emergen como herramientas pedagógicas transformadoras. Actividades como “Negociando los Acuerdos de Camp David” o “La Comisión de la Verdad Sudafricana” permiten a los estudiantes asumir roles complejos y comprender visceralmente la intrincada naturaleza de la diplomacia y la justicia transicional, experimentando en primera persona los desafíos y posibilidades de la construcción de paz.

El *análisis crítico de fuentes primarias para la paz* constituye otro pilar metodológico fundamental. El uso sistemático de discursos de Martin Luther King Jr., diarios reflexivos de Gandhi o tratados fundacionales de la Unión Europea permite a los estudiantes desarrollar habilidades analíticas para comprender la intención, el contexto histórico y el impacto transformador de documentos que cambiaron el curso de la historia a través de medios pacíficos.

Los *proyectos de historia oral de la paz* conectan orgánicamente la “gran historia” con las experiencias locales y personales. Los estudiantes entrevistan a personas de su comunidad que hayan participado en procesos de construcción de paz, descubriendo que la historia no es solo el relato de personajes distantes, sino también el testimonio vivo de vecinos, familiares y miembros de la comunidad que han contribuido a la transformación social pacífica.

La *cartografía de la paz* como metodología innovadora permite a los estudiantes crear mapas interactivos que visualizan procesos de paz complejos, como movimientos de resistencia no violenta, la evolución de instituciones internacionales o las redes de solidaridad que han conectado comunidades a través de fronteras geográficas y temporales.

La historia oficial mexicana, que recorre los orígenes prehispánicos hasta las luchas por la independencia y la democracia, se ha centrado sistemáticamente en guerras políticas y enfrentamientos, consolidando peligrosamente a la violencia como el motor exclusivo de la historia. Este discurso, además de idealizar selectivamente el pasado, genera una desconexión profunda con la realidad de estudiantes que viven en contextos donde la violencia se ha normalizado como experiencia cotidiana.

En lugar de perpetuar esta narrativa destructiva, la historia debe presentarse como una herramienta poderosa para la transformación social consciente, donde el diálogo, la empatía y la resolución pacífica de conflictos emerjan como elementos centrales en la formación de ciudadanos capaces de construir futuros alternativos. La memoria histórica no debe funcionar como instrumento de división social, sino como espacio de reflexión crítica que permita comprender las causas estructurales de los conflictos y promover activamente valores de justicia, solidaridad y respeto mutuo.

El papel del historiador docente adquiere una dimensión ética fundamental que trasciende la simple transmisión de información. El objetivo central del proceso de enseñanza-aprendizaje debe ser la generación de espacios de diálogo transformador y pensamiento crítico donde los estudiantes cuestionen activamente y analicen el pasado desde una perspectiva que privilegie la convivencia pacífica y el respeto a la diversidad como valores civilizatorios fundamentales.

Los historiadores comprometidos con este enfoque deben adoptar una postura críticamente consciente ante los discursos clásicos que conforman la memoria colectiva, muchos de los cuales han sido narrados desde el odio, el miedo y el desconocimiento sistemático del otro. Resulta urgente revisar los episodios históricos para develar las oportunidades y manifestaciones que buscaron la paz y la resolución de conflictos desde actos no violentos, reconociendo que muchas narrativas han sido instrumentalizadas para perpetuar el poder de grupos de interés específicos.¹²

De esta manera, la enseñanza de la historia a través de la cultura de paz se convierte en un acto de resistencia consciente a los discursos homogenizadores, promoviendo activamente la justicia, cooperación y empatía, y preparando a las nuevas generaciones para construir un futuro fundamentado en el estudio crítico y transformador del pasado como laboratorio de posibilidades humanas.

Enseñar la historia desde la esperanza para la paz

La enseñanza de la historia basada en la cultura de paz enfrenta desafíos críticos en un mundo donde la violencia es sistemáticamente espectacularizada por los medios de comunicación masiva. Para contrarrestar esta influencia destructiva, la educación histórica debe empoderar a los estudiantes para desarrollar una mirada crítica transformadora, revalorizar conscientemente el impacto del pasado en el presente y fomentar un análisis que trascienda las narrativas tradicionales que glamorizan el conflicto. Esta transformación pedagógica exige que los docentes se conviertan en mediadores conscientes que conectan orgánicamente lo global con lo local, promueven la alfabetización digital crítica y valoran activamente la diversidad cultural como riqueza civilizatoria.

Uno de los desafíos más formidables consiste en competir contra una cultura mediática que espectaculariza sistemáticamente la violencia como entretenimiento. Para enfrentar esta influencia destructiva, resulta crucial

¹² En el sistema económico del sistema mundo se reconoce al capitalismo como la forma de organizar las unidades políticas y culturales, lo que requiere una interacción regulada por instituciones y normas que obedecen a reglas del propio sistema. Para conocer más del tema, ver: Immanuel Wallerstein (2005), *Análisis de sistemas-mundo*. Una introducción, Siglo XXI Editores.

desarrollar estrategias pedagógicas específicas: deconstruir críticamente las narrativas violentas analizando cómo se presenta la violencia en los medios y el entretenimiento como productos de consumo; mostrar las consecuencias reales y devastadoras utilizando testimonios auténticos de víctimas para humanizar el costo humano de la violencia; y ofrecer modelos alternativos inspiradores presentando historias de transformación pacífica que sean tan emocionantes y convincentes como las narrativas bélicas tradicionales.

La enseñanza de la historia de paz debe fomentar activamente la alfabetización mediática crítica y la verificación rigurosa de información, empoderando a los estudiantes para distinguir entre fuentes confiables y propaganda manipuladora. Resulta fundamental que la historia se enseñe adaptándose a la realidad específica de los estudiantes, rechazando categóricamente discursos hegemónicos y considerando conscientemente la diversidad de contextos sociales, económicos y políticos (Cabezudo, 2008). Esta aproximación implica un esfuerzo intelectual riguroso para interrelacionar narrativas históricas en sus distintas escalas —global, nacional y regional— para dar sentido a los problemas locales y su vinculación con fenómenos estructurales de mayor alcance.

El historiador, en su rol docente transformador, asume una dimensión ética fundamental que trasciende la simple transmisión mecánica de información. El objetivo central debe ser generar espacios de diálogo transformador y pensamiento crítico donde los estudiantes puedan reflexionar profundamente sobre el pasado y sus implicaciones para la construcción de futuros alternativos. La comunicación asertiva y empática del docente emerge como elemento clave para fomentar el pensamiento crítico, el respeto a la diversidad de opiniones y la empatía como herramientas de transformación social (Giroux, 2018).

Este enfoque pedagógico se aleja conscientemente de discursos autoritarios, promoviendo un aprendizaje dinámico donde los estudiantes se conviertan en sujetos activos y conscientes en la construcción del conocimiento histórico. Como señala Freire (1970), la educación debe constituir un proceso liberador que permita a los individuos comprender críticamente su realidad y transformarla activamente. Esta transformación se logra integrando herramientas pedagógicas innovadoras que fomenten

la investigación rigurosa, el debate constructivo y la reflexión colectiva en búsqueda del bien común como horizonte civilizatorio.

Para materializar este enfoque transformador, resulta esencial integrar elementos pedagógicos específicos en el estudio de la historia: la adecuación consciente a la edad y contexto reconoce que abordar un tema histórico en primaria difiere radicalmente de hacerlo en la universidad (López, 2015). En los primeros niveles, la simplificación pedagógica es necesaria, pero sin distorsionar la complejidad de los procesos ni reducir la historia a una narrativa maniquea de héroes y villanos. En niveles superiores, el enfoque debe privilegiar el análisis crítico y la discusión sobre el impacto transformador de las decisiones históricas en el presente.

La promoción del pensamiento crítico digital emerge como competencia fundamental ante la realidad de que los estudiantes están expuestos a una sobrecarga abrumadora de información digital no verificada (Bartolomé, 2014). Los docentes deben desarrollar las capacidades estudiantiles para evaluar críticamente las fuentes y discernir entre datos verificables y discursos sesgados, combatiendo activamente la desinformación que distorsiona la percepción histórica.

El respeto por la diversidad cultural constituye un pilar fundamental, ya que la cultura de paz implica reconocer conscientemente la diversidad de experiencias y saberes de las comunidades, incluyendo la historia oral y las narrativas comunitarias como fuentes legítimas de conocimiento (Bartolomé, 2014). En regiones indígenas de México, por ejemplo, la historia oral y las narrativas comunitarias poseen un peso significativo en la transmisión del conocimiento histórico. Incorporar estas perspectivas permite generar conexiones más significativas entre los estudiantes y los contenidos, haciendo que la historia no se perciba como un relato impuesto, sino como una construcción colectiva que integra distintas voces y experiencias.

La revisión crítica de la bibliografía utilizada en el aula resulta fundamental para garantizar un acceso equitativo al conocimiento. Como advierte Burke (2019), los materiales educativos deben presentar múltiples perspectivas sobre los procesos históricos, evitando enfoques parciales que perpetúen narrativas hegemónicas. Al seleccionar fuentes diversas y accesibles, los docentes guían a los estudiantes hacia el desarrollo de una visión más compleja e incluyente del pasado.

Finalmente, el fomento de la convivencia transformadora en el aula exige establecer normas conscientes de respeto, diálogo constructivo y colaboración para crear un ambiente seguro donde los estudiantes puedan cuestionar críticamente los relatos históricos tradicionales (Torres-Carrión, 2020). La historia debe funcionar como catalizador de empatía y entendimiento de la diversidad, preparando ciudadanos capaces de construir sociedades más justas y pacíficas a través del aprendizaje crítico del pasado.

El desafío principal: a manera de cierre

El verdadero desafío de enseñar historia no es cubrir una lista de batallas o reyes; es formar personas. Lo crucial es el “cómo”, porque de eso depende el tipo de ciudadano que estamos forjando. Si presentamos la historia como una colección de verdades rígidas e inamovibles, solo crearemos mentes estáticas, incapaces de imaginar un presente diferente. Pero si convertimos el aula en un laboratorio dinámico, un espacio donde se analiza, se cuestiona y se reconstruye conscientemente el pasado, la historia se transforma en nuestra herramienta más poderosa. Se convierte en la clave para formar ciudadanos con una mirada crítica, capaces de enfrentar los retos de hoy con información, valentía y un compromiso real con la construcción de la paz. Más allá de la mera transmisión de técnicas y métodos, el reto ético de nuestro oficio radica en redireccionar activamente la construcción de discursos que, histórica e implícitamente, han enaltecido o normalizado la violencia. No se trata solo de estudiar el pasado, sino de dejar de glorificar su lado destructivo.

Nuestro compromiso es con una escritura más humana y consciente del pasado. Esto significa dejar de centrar las narrativas en la épica del conflicto, del conquistador o del héroe militar (narrativas que inmovilizan la esperanza) para enfocar nuestra luz en las historias de la resistencia pacífica, la cooperación, la resiliencia y la supervivencia. Al hacerlo, transformamos el pasado de ser un catálogo de fatalidades a ser un archivo de posibilidades. El historiador se convierte así en un artífice de la conciencia, usando su pluma para desarmar la memoria colectiva y sentar las bases de un futuro donde la paz sea no solo un ideal, sino la experiencia histórica priorizada.

La historia nunca ha sido un destino fatal e inmutable; es una invitación continua a la transformación. Lo que hacemos en el aula son los primeros borradores del futuro, y esos borradores necesitan autores conscientes de su poder, apasionados por la justicia y comprometidos con la paz.

Como educadores e historiadores, ¿estamos realmente listos para abrazar esta responsabilidad transformadora? ¿Tenemos la valentía intelectual de mirar de frente nuestras propias narrativas heredadas —las que aprendimos— y desmantelarlas para construir una comprensión más honesta del pasado? ¿Podemos, de verdad, idear una forma de enseñar que le dé a nuestros estudiantes las herramientas para romper los ciclos de violencia que tanto han marcado nuestra humanidad?

La respuesta no está en los libros; está en la acción. Cada clase de historia es un laboratorio de posibilidades. Cada vez que un estudiante desarrolla una mirada crítica sobre el pasado, se convierte en un agente potencial de cambio social. Cada narrativa que ponemos al frente —esa que privilegia la cooperación, la resiliencia y la empatía sobre el conflicto— siembra semillas de paz que florecerán en las futuras generaciones.

El momento histórico nos exige ser más que estudiosos del pasado. Nos reta a convertirnos en arqueólogos de la esperanza, a excavar en las ruinas del tiempo las historias de transformación pacífica que puedan inspirar y guiar nuestras acciones de hoy.

La historia para la paz no es un método de enseñanza más; es un proyecto de humanidad que nos invita a reimaginar por completo las relaciones humanas y las estructuras de convivencia. ¿Aceptamos esta invitación? ¿Estamos listos para escribir, junto a nuestros estudiantes, los primeros capítulos de una historia más humana, más justa y más pacífica? La historia no es una condena, sino un comienzo. La historia nos ha demostrado que la transformación es posible. Ahora nos corresponde demostrar que somos capaces de ser sus protagonistas conscientes.

Referencias

- Abarca Obregón, G. M. (s.f.). Educación para la paz en contextos de violencia. *Revista Por la Paz*. Instituto Catalán Internacional para la Paz (ICIP). Recuperado de <https://www.icip.cat/perlapau/es/articulo/educacion-para-la-paz-en-contextos-de-violencia/>
- Bartra, A. (2019). *El México bárbaro del siglo XXI: Violencia, crisis y criminalidad*. Siglo XXI Editores
- Cabezudo, A. (2017). *Educación para la paz holística*. Editorial Iteso.
- Cabezudo, A. (2021). Pedagogía para la construcción de una Cultura de Paz y Justicia: desafío de nuestro tiempo. En A. Pividor, E. Avilés Tulián & M. A. Pesado Riccardi (Coords.), *Justicia restaurativa: aportes y reflexiones sobre el campo restaurativo y la cultura de paz* (pp. 119-125).
- Cabezudo, A. (2019). Educar en tiempos de cólera. Pedagogía para la construcción de paz, respeto por los derechos humanos y desarme. *Revista Latinoamericana Estudios De La Paz Y El Conflicto*, (Extra 1), 43–52.
- Cascón Soriano, P. (2006). *Educación en y para el conflicto*. El Busgosu, (5), 5-35.
- Castañeda, J. G. (2012). *La paz y la política: Reflexiones sobre el conflicto y la reconciliación*. Fondo de Cultura Económica.
- Castañeda, J. G. (2012). *La paz y la política: Reflexiones sobre el conflicto y la reconciliación*. Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia* (2.^a ed.). Universidad Iberoamericana.
- Dietrich, W., & Sützl, W. (1997). *A call for many peaces*. Peace Research Institute.
- Dietrich, W. (2012). *Interpretations of peace in history and culture*. Palgrave Macmillan.
- Dosse, F. (2003). *Michel De Certeau, El caminante herido*. Universidad Iberoamericana.
- Galtung, J. (2019). *Trascender y transformar: Una introducción al trabajo de conflictos*. Tecnológico de Monterrey.

- Galtung, J. (2016). “La violencia: cultural, estructural y directa” en *Cuadernos de estrategia*, n° 183 (Ejemplar dedicado a: Política y violencia: comprensión teórica y desarrollo en la acción colectiva), 147-168.
- Galtung, J. (2003). Paz por medios pacíficos: Paz y conflicto, desarrollo y civilización. Bakeaz/Gernika Gogoratuz.
- Galtung, J. (1998). *La violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Departamento de Justicia, Economía, Trabajo y Seguridad Social y el Departamento de Cultura y Democratización de la Comisión Europea, 13-18.
- Galtung, J. (1997). *La paz por medios pacíficos: Paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Editorial Los Libros de la Catarata.
- Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of Peace Research*, 27(3), 291–315.
- Ginzburg, C. (1999). Mitos, emblemas, indicios. *Morfología e historia*. Gedisa.
- Hernández Ponce, M. A., & Delgadillo Guerrero, M. A. (2022). La enseñanza de la historia a través de la empatía. *Conjeturas Sociológicas*, (27), 10–25.
- Le Goff, J. (1991). *Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso*. Editorial Paidós, 147-152.
- Loeza Reyes, L. (2017). Violencia estructural, marcos de interpretación y derechos humanos en México. *Argumentos*, 30(83), 249-274.
- López, J. (2015). *La enseñanza de la historia en México: Problemas y perspectivas*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- López, R. (2019). *El oficio del historiador en la modernidad: Entre la objetividad y el subjetivismo*. Editorial Histórica.
- Martínez, A. (2010). *Narrativas de convivencia y diversidad: Estrategias para la paz en sociedades multiculturales*. Editorial Siglo XXI.
- Naciones Unidas. (2015). *Agenda para la paz: Diplomacia preventiva, pacificación y mantenimiento de la paz*. Naciones Unidas.
- Rojas, M. G., & Olivera-Villarreal, S. (2022). *Normalización de la violencia machista en México: ¿Cómo la perciben las mujeres y qué factores intervienen?* Poiésis, Universidad Católica Luis Amigó, Medellín, (p. 27)

